

EL EVOLUCIONISMO Y LAS IDEOLOGÍAS POLÍTICAS

PAULA CASAL
ICREA - Universitat Pompeu Fabra
paula.casal@upf.edu

“Mi teoría conducirá a una nueva filosofía”
Charles Darwin, *Notebooks*, 1837

Abstract

Este artículo discute las implicaciones ético-políticas que han seguido atribuyéndose al darwinismo en las numerosas obras publicadas a raíz del bicentenario del nacimiento de Darwin. Analiza la relación del darwinismo con el materialismo, el marxismo, el darwinismo social, la eugenesia, el conservadurismo, el creacionismo y el ateísmo, distinguiendo las justificadas asociaciones de ciertas hipótesis biológicas con varias tendencias políticas y la injustificada asociación del evolucionismo con distintas ideologías.

Palabras clave: Darwinismo, Materialismo, Marxismo, Darwinismo social, Ateísmo.

Abstract

The paper discusses the ethical and political implications which continue to be attributed to Darwinism in the numerous publications which have followed the bicentenary of Darwin's birth. It discusses Darwinism's relationship to materialism, Marxism, social Darwinism, eugenics, conservatism, creationism, and atheism, distinguishing between the justified association of various biological hypotheses with certain political tendencies and the unjustified association of evolutionism with various ideologies.

Keywords: Darwinism, Materialism, Marxism, Social Darwinism, Atheism.

Recibido: 21/05/2012. *Aceptado:* 22/11/2012.

I. Introducción

El darwinismo ha tenido un impacto importante en la filosofía moral y política. Un ejemplo notable es el creciente protagonismo que ha adquirido la defensa de los derechos de los simios o de los animales en general (Singer y Cavalieri, 1993; Singer, 2000). Otro ejemplo es el desarrollo que están adquiriendo en meta-ética las teorías escépticas que explican las normas morales, y el origen de la moral en general, por su valor adaptativo (Joyce, 2000). Hay también hipótesis biológicas, especialmente sobre la evolución humana, que reflejan la ideología de sus defensores. Jared Diamond, por ejemplo, reúne seis hipótesis diferentes sobre los orígenes de la ovulación oculta en los humanos, que en su opinión coinciden con el género y la ideología de sus defensores. Unos proponen que los hombres no podrían irse a cazar tranquilos dejando a su mujer en evidente estado de fertilidad; otros que la ovulación oculta surgió para promover la monogamia permitiendo que las hembras puedan satisfacer al macho en todo momento; otros que se trata de un truco para que los machos compartan con las hembras el alimento y otros que es el modo de impedir que un macho vaya en busca de otras hembras en cuanto su pareja deje de ovular. Sarah Hrdy ha propuesto que la ovulación oculta es una forma de evitar el infanticidio, haciendo que cualquier macho con el que haya copulado una hembra tenga cierta probabilidad de ser el padre de sus hijos, y por tanto no quiera matarlos; y Nancy Burley conjetura que cualquier homínida inteligente que supiese como evitar el embarazo y el terrible parto humano, lo evitaría, con lo cual las hembras que reconociesen mejor los signos de ovulación tendrían menos descendientes y terminarían desapareciendo (Diamond, 1992, pp. 108-115). Pero una cosa son las hipótesis sobre las que se está especulando y pueden ser o no ciertas, y otra la teoría misma de la evolución, que surgió de la observación y no de la ideología de Darwin, como Marx creyó, y que salvo en relación a algunos de sus refinamientos, ya no tiene discusión. A esta teoría se le siguen atribuyendo importantes implicaciones ideológicas. De hecho, *El origen de las especies mediante la selección natural* (1859) ha sido la obra científica a la que se han atribuido más implicaciones morales y políticas, tendencia que claramente ha seguido persistiendo en las numerosas obras publicadas a raíz del bicentenario del nacimiento de Darwin y el 150 aniversario de la publicación de su principal obra.

Este breve artículo reúne y critica las variadas implicaciones ideológicas que se han atribuido al darwinismo, procediendo en este orden. La sección II discute la idea de que la conducta de los organismos, incluidos los seres humanos, puede recibir una explicación materialista a partir de las

condiciones ambientales en que se desarrolla. La sección III se centra en la relación entre el modelo evolutivo descubierto por Darwin y una teoría de la historia como proceso que culmina con la proliferación del comunismo por el planeta. La sección IV se ocupa de la relación entre la idea de la supervivencia del más apto, el conservadurismo y la eugenesia. Las secciones V y VI versan sobre el supuesto conflicto entre el darwinismo y la existencia de dios. La última sección reflexiona sobre la forma en que el mismo texto puede tomarse en un momento de la historia como una defensa de una ideología política, y en otro momento, como una defensa de una ideología diametralmente opuesta.

II. Darwin y Platón

Charles Darwin no sólo revolucionó la biología. Tuvo también una gran influencia en las ciencias no naturales, incluida la historia, la psicología, la antropología, la sociología, la economía y, por supuesto, la filosofía. Por ejemplo, su hallazgo de las leyes que explican la evolución alimentó el deseo (pre-existente) de encontrar leyes universales de desarrollo histórico; su análisis de la adaptación hizo que empezásemos a ver nuestro cerebro como un órgano adecuado para resolver los problemas de supervivencia de nuestros antepasados y desarrollásemos la psicología evolutiva; la idea de una diferenciación gradual que lleva a la incompatibilidad (entendida como imposibilidad de intercambio de información) se aplicó también al estudio de las lenguas; y su modelo de variación y filtro se empleó para estudiar la competencia entre empresas, entre rasgos culturales (memes) e innovaciones técnicas (temes). Naturalmente, la teoría se usó también para estudiar la evolución de nuestra especie, no sólo desde el punto de vista anatómico, sino también cultural.

Darwin explicó cómo las especies se adaptan a su medio mediante transformaciones en su fisiología. Por ejemplo, desarrollan más pelo para resistir el frío o adquieren cierta pigmentación para camuflarse mejor. Los más abrigados y camuflados sobreviven y se reproducen, dando lugar a cada vez más individuos bien abrigados y camuflados. Las especies también pueden adaptarse sin cambiar anatómicamente, modificando su comportamiento. Por ejemplo, pueden volverse nocturnas o avanzar en fila. El comportamiento a su vez puede ser fruto de un instinto o troquelado y heredarse *genéticamente*, o puede ser aprendido, de las madres o del grupo, y ser transmitido *culturalmente*. Desde esta perspectiva, la cultura es una forma de adaptarse al medio, tanto como lo son el pelo o las manchas oscuras.

Ya Platón, Aristóteles e Hipócrates habían relacionado el clima y la geografía con la cultura y la forma de gobierno de cada región. También Montesquieu relacionaba los factores geográficos con la religión en sus *Cartas Persas*. Pero no fue hasta que surgió, por un lado, el marxismo y, por otro, el darwinismo, que las sociedades empezaron a estudiarse de forma sistemática como formas de adaptación a determinada zona del planeta (Darwin, 1989).

Esta idea ha dado lugar a muchas escuelas en antropología, como la ecología cultural de Julian Steward de los años treinta o el materialismo cultural contemporáneo de Marvin Harris. Esta perspectiva incluye trabajos que emplean términos marxistas, como el estudio de los pigmeos *mbuti* de Maurice Godelier (1977), y análisis basados en los medidores ecológicos y calóricos propios de la ecología funcional, como el conocido estudio de los *maringtsembaga* de Roy Rappaport (1987). Muchos de los trabajos desarrollados por algunas de estas escuelas —que a veces reciben el nombre colectivo de “antropología ecológica”— han sido acusadas de sobre-simplificar las culturas, que suelen contener elementos no funcionales (Hardesty, 1979; Vayda y McCay, 1975). También se ha criticado su incapacidad de explicar por qué un grupo adopta una forma de sobrevivir concreta, cuando hay muchas formas posibles, compatibles con un mismo medio. Ni siquiera hemos logrado explicar las diferencias entre las distintas culturas chimpancés en base de las diferencias en abundancia de población, agua, comida o algún otro factor ecológico (Wrangham et al., 1996, p. 10). Suele faltar también la explicación de un mecanismo mediante el cual aquello que permanece porque resulta funcional, surge por primera vez. Por ejemplo, Harris ha explicado como en un país tan superpoblado y desigual como la India, el desarrollo de la industria cárnica sería ecológicamente desastroso. Pero no ha explicado cómo surgió el tabú de las vacas sagradas, que fue inventado por los militares para proteger a sus animales (Diener et al, 1978). El enfoque tiene sus limitaciones, pero no carece por ello de interés y plausibilidad. Las culturas que dependen de su capacidad de usar la selva sin destruirla, como los *mbuti*, suelen tener una ética que subraya la importancia de respetar la naturaleza. En cambio, otras culturas que no perecen inmediatamente por el hecho de destruir el medio ambiente, se caracterizan más bien por su falta de ética ecológica (Diamond, 2005). Todos hemos comentado alguna vez el efecto del clima sobre el carácter de las personas o hemos visto la relación entre las distintas viviendas y el medio en que se construyen. Este es el tema del cuento infantil *The Little Boy and his House*, que fue el favorito de G. A. Cohen en su infancia, inspirando su reconstrucción del materialismo histórico en forma de determinismo tecno-ecológico (Cohen, 1988).

III. Darwin y Marx

Algunas versiones del marxismo comparten con Platón y Montesquieu la idea de explicar fenómenos sociales y culturales a partir del medio natural en el que se desarrollan. Esta relación es muy limitada porque este supuesto no implica que la historia siga una serie de estadios, que haya una secuencia única e inevitable, que haya una última etapa, ni que esa etapa deba coincidir con lo poco que Marx dijo sobre el comunismo. De hecho, uno puede pensar que explicar la cultura a partir del medio material es más satisfactorio que no poder explicarla por nada ajeno a la propia cultura, y no tener, por ello, una preferencia determinada por un principio de justicia distributiva. La ética distributiva es una disciplina muy diferente e independiente de la historia o la antropología. Análogamente, uno puede estar de acuerdo con Marx en que las personas deberían contribuir a la sociedad en la medida de sus capacidades y recibir ayuda en la medida de sus necesidades, sin tener por ello, ninguna confianza ni en las explicaciones materialistas, ni en los planes quinquenales. Se puede pensar que sería preferible reducir la desigualdad social y estar convencido de que es imposible saber cuántas agujas o cremalleras harán falta en el próximo lustro y que, por tanto, es más eficiente calcular la producción mediante mercados que mediante la planificación estatal. Ambas cuestiones aparecen claramente separadas en las propuestas de socialismo de mercado (Nove, 1987), aunque no en algunos análisis de las preferencias de Marx (Moore, 1980). Pero está claro que ha sido la elección entre mercado y planificación la que realmente ha dividido los regímenes políticos, y esta es una cuestión completamente independiente de la cuestión normativa relativa a cómo deberían distribuirse los recursos o de la cuestión histórica o antropológica relativa a qué explicaciones de la cultura resultan más satisfactorias en ciencias sociales.

Por otro lado, el marxismo, sobre todo el ortodoxo, no es tampoco una corriente que haya dado mucha importancia a la diversificación evolutiva de las especies, al medio ambiente o a la naturaleza en general. Al revés, ha tendido a minusvalorar los problemas ecológicos, atribuir el valor de los productos sólo a su contenido de trabajo humano, a celebrar el artificio, la industrialización, el dominio de la naturaleza, y la globalización; y a insistir en la ilimitada capacidad humana de dominar tanto la naturaleza salvaje como nuestra propia naturaleza.

Marx reconoció la importancia de los hallazgos de Darwin, pero criticó su “grosero método de exposición” e ironizó sobre la incapacidad de Darwin de darse cuenta de que su teoría no era sino la ideología de la

sociedad burguesa. Además lo asoció siempre con Malthus, pensador al que detestaba:

Es muy llamativo como Darwin reconoce entre las bestias y las plantas a su sociedad inglesa, con su división del trabajo, su competencia, su apertura de nuevos mercados, sus “invenciones” y la malthusiana “lucha por la existencia”. (McLellan, 1977, p. 526)

Sin embargo, se sigue repitiendo que las ideas de Marx proceden de Darwin, razón por la cual Marx quiso dedicar a su maestro el segundo volumen de *El capital* (p. e. Oakes, 2006). En realidad, Marx publicó sus ideas antes que Darwin y la carta en que Darwin se refiere a una oferta de dedicatoria, no iba dirigida a Karl Marx. El que quiso dedicarle su libro, *A Student's Darwin* (1881), fue Aveling, el marido de la hija de Marx. Además, Darwin rechazó educadamente esta oferta, probablemente porque no quería que lo identificasen con el radicalismo anti-religioso de Aveling (Colp, 1982; Feuer, 1976).

La relación entre Marx y Darwin es por tanto mucho más indirecta y limitada de lo que se supone. Marx no ha sido, además, el único socialista con reticencias hacia el darwinismo. Un caso especialmente destacado es el de la obra colectiva *Not in Our Genes*, en que Richard Lewontin, Steven Rose y Leon Kamin lanzan un ataque contra la sociobiología y la psicología evolutiva explícitamente motivado por la creencia de que las explicaciones darwinistas de la conducta están en conflicto con la creación de una sociedad socialista.

IV. Darwin y Hitler

Además de ser el científico natural con mayor impacto en las ciencias no naturales, Darwin ha sido también el más criticado y atacado, y sin duda es el científico al que se han atribuido más implicaciones morales o corrientes ideológicas, incluidas las más extremas y de signo contrario.

La apelación a lo que ocurre entre los animales salvajes para justificar el dominio de unas personas sobre otras debe ser tan antigua como la civilización. Antes de que se publicase *El Origen*, ya sabíamos que los lobos no eran vegetarianos y ya se decían cosas como que “el pez grande se come al chico” y se conocía el célebre verso “la naturaleza tiene rojos los dientes y las garras” (Tennyson, 1850). Sin embargo, hay un empeño tremendo en atribuir a Darwin estas ideas.

Cuando Darwin era pequeño, ya existía, por ejemplo, la idea de que los niños nacían con tendencias heredadas al crimen o la santidad y que ello

podía verse en su rostro —una teoría excelente para justificar el fracaso educativo y eximir a cualquiera de toda responsabilidad social. El mismo Darwin fue víctima de estas creencias. Como relata en su *Autobiografía*, a pesar de haber demostrado siempre más interés por los escarabajos que por las sagradas escrituras, fue enviado a la universidad para estudiar teología y hacerse sacerdote, entre otras cosas, porque un experto frenólogo dictaminó que tenía el “bultito de la devoción suficientemente desarrollado como para diez sacerdotes” (Darwin, 2002, p. 30).

Herbert Spencer, contemporáneo de Darwin, combinó los prejuicios de su tiempo con su interpretación de la selección natural como “la supervivencia del más fuerte” y empleó todo ello para justificar una política reaccionaria que recomendaba que se abandonase a los débiles a su suerte, porque había que dejar que la naturaleza siguiese su cauce, filtrase a los inservibles y mejorase la raza. Esta idea supone una correlación sistemática entre genes y pobreza que es muy improbable en sociedades profundamente estratificadas, con posiciones y fortunas hereditarias, discriminación y desempleo estructural. La aptitud es además siempre relativa a un sistema: un mal *wall-streeter* puede resultar un exitoso *apparatchik*, porque en las selvas capitalistas y comunistas pueden hacer falta talentos muy distintos para triunfar. Además puede que exista una correlación inversa entre riqueza y genes porque cuanto más rico es uno, más probable es que sobreviva y se reproduzca, pese a sus deficiencias genéticas. Varias creencias anteriores a Darwin, y que este vino a padecer, no a defender, referentes a la primacía de lo heredado sobre lo aprendido o de lo fisiológico sobre lo comportamental confluyeron con el Spencerismo dando lugar a nuevas malinterpretaciones. La misma expresión “la supervivencia del más fuerte”, acuñada por Spencer, es una forma muy inexacta de referirse a “la supervivencia del *suficientemente adaptado* para sobrevivir” porque la supervivencia es una cuestión de mínimos, no de máximos, y porque la fortaleza sólo es *una* de las muchas estrategias mediante las que un individuo puede sobrevivir y tener éxito reproductivo, e incluso puede ser perjudicial. El virus o parásito más fuerte, por ejemplo, es el que mata a su víctima, y con ello reduce su propia probabilidad de sobrevivir y multiplicarse. Hay, además, estrategias como el apoyo mutuo y la cooperación, que como observó el propio Darwin, y luego Thomas Huxley en *Evolución y ética* (1893), y sobre todo Peter Kropotkin en *Ayuda Mutua* (1902), son indispensables para explicar la evolución, que no responde sólo a la lucha y la competencia.

Darwin rechazó las extrapolaciones de Spencer y aclaró repetidamente que una cosa era la biología y otra la ideología. Lo que Darwin descubrió es que las jirafas no han desarrollado su largo cuello a base de estirarlo.

Lo que ha ocurrido es que las de cuello corto sobrevivieron y se reprodujeron menos que las que podían comer también las hojas altas. Los bebés de los atletas olímpicos no nacen ya con gruesos bíceps. Lo que hacen los padres —salvo en algún caso, como el del consumo de drogas— no incide directamente sobre su herencia genética. ¿Que implicaciones tiene esto para nuestra conducta? Significa que los atletas que quieran tener hijos atléticos deberán tener cuidado con las drogas toda su vida y animar a sus hijos a hacer ejercicio desde niños, porque el ejercicio que han hecho los padres no cuenta. No significa en absoluto que el atleta deba matar o abandonar al bebé que no nazca con “bíceps suficientemente desarrollados como para diez atletas”.

Darwin era consciente de que, como mantenía su primo Francis Galton, las sociedades que eliminan a todos los que padezcan enfermedades hereditarias, tendrán a la larga menos enfermedades hereditarias —como las que acabaron con la vida de tres hijos de Darwin. Pero Darwin pensaba que el mal que este comportamiento haría a la humanidad sería aún mayor (Darwin, 1989, p. 135) y de hecho colaboró con numerosas causas benéficas a lo largo de su vida (Tafalla, 2007).

Como se ha explicado una y otra vez desde que Thomas Huxley escribió *Science and Morals* en 1886 hasta nuestros días, lo que Darwin hizo fue aclarar los mecanismos de la especiación, y nunca intentó explicar absolutamente todo, ni menos aun organizar los presupuestos generales del estado. Claro está que si uno se empeña, se puede estirar la metáfora de la selección natural y recalcar, siguiendo a pensadores conservadores como Edmund Burke, la importancia del cambio gradual y la tradición, frente a los cambios revolucionarios. Pero si uno así lo decide, también puede argumentar lo contrario y decir que precisamente lo que Darwin nos enseña es que todo está en perpetua evolución y que hay que cambiar para permanecer adaptado. Además, se puede establecer de golpe un régimen muy conservador y se puede establecer progresivamente un régimen muy progresista, de modo que la idea del cambio gradual, no favorece a ninguna ideología.

Aun así, dos tipos de conservadores siguen insistiendo en asociar a Darwin con la derecha (P. Cohen, 2007). Por un lado, está el conservador que sigue queriendo defender alguna versión del darwinismo social, hostil al pago de impuestos para mantener las ayudas sociales (véase: Arnham, 2005; Blanchard, 2009; West, 2006; Holloway, 2008). Por otro, está el conservador que sabiéndose incapaz de defender el creacionismo en un debate científico, recurre a las asociaciones negativas, a fin de que los fieles empiecen a odiar tanto a Darwin, que dejen de atender a razones, a base de verlo repetidamente asociado con el nazismo y la eugenesia (p. e. Weickart, 2004).

En resumen, ni el darwinismo, ni la biología en general, tiene las implicaciones ético-políticas que se le han atribuido. Una de las razones de que se hayan imputado a Darwin tantas ideologías es la idea, igualmente errónea, de que admitir su teoría supone negar a Dios. Añadiré por ello algunas aclaraciones a este respecto.

V. Darwin y Laplace

No se puede decir que la Iglesia no haya arremetido injustamente contra otros grandes científicos. No obstante, no es fácil comprender la razón por la que la reacción contra Darwin haya sido tan virulenta y se mantenga hasta nuestros días. Al fin y al cabo, Darwin sólo ha explicado (y sólo parcialmente, sobre todo hasta la llegada del monje Gregor Mendel) un mecanismo de especiación. No ha explicado el origen de la vida en el planeta, ni el origen del planeta, ni del sistema solar, ni del universo. Si el problema de las explicaciones científicas es que restan protagonismo a Dios, no sólo Newton, Laplace o Einstein, sino cualquier científico actual que intente explicar las condiciones de la aparición de la vida en cualquier planeta o la creación de todo el universo, representa una amenaza mucho mayor.

Tomemos el caso de Laplace. Laplace explicó cómo el colapso gravitatorio de una nebulosa podría haber originado la formación de un sol, y como el material que estaba orbitando en torno al mismo podía haberse condensado dando lugar a los planetas. Su teoría aclaraba la razón por la que todas las orbitas están en el mismo plano y todos los planetas avanzan en la misma dirección. Herschel utilizó esta teoría para explicar la formación de todos los sistemas estelares recortando la autoría divina mucho más que Darwin.

En su *Tratado de Mecánica Celeste* (1799-1825) Laplace explica el movimiento de todos los planetas, incluidos Júpiter y Saturno, que Newton no había logrado explicar, y por tanto, había tenido que atribuir a Dios. Al parecer, esta fue la razón por la que Napoleón preguntó a Laplace, “cómo había escrito este gran libro sobre el universo sin mencionar a su creador”. Se dice que Laplace respondió simplemente que “nunca había necesitado esta hipótesis”. “Pero Lagrange me dice que es una hipótesis muy bonita, que puede explicar muchas cosas” insistió Napoleón. “Si, lo explica todo” se dice que contestó Laplace, “pero no permite predecir nada”.

Laplace no sólo explicó la formación de las estrellas y los planetas, y por qué Júpiter no iba camino de estrellarse contra el Sol, Saturno de salir del sistema, ni la Luna de estrellarse contra la Tierra, sino que contribuyó a mu-

chos otros avances de la matemática y la ciencia en general. Sin embargo, no ha sufrido una persecución comparable a la de Darwin, pese a que era ateo y defensor del determinismo causal, que es algo que sí tiene implicaciones muy profundas, por ejemplo, sobre la existencia del libre albedrío. Afirmar que nuestra conducta está determinada crea problemas gravísimos para la ética, la filosofía del derecho, la religión y todo lo relativo al castigo de seres supuestamente libres y responsables, ya sea mediante la cárcel o el infierno. El darwinismo, en cambio, no sólo no plantea tal problema, sino que además ayuda a resolver los muchos problemas que plantea la hipótesis de la creación deliberada y “a imagen y semejanza”, como explica la siguiente sección.

VI. Darwin y Dios

Comparemos las dos opciones siguientes. La primera opción es decir que Dios puso en los machos humanos de forma deliberada una inclinación a la territorialidad y la violencia, que no puso en otras especies, así como una fuerte pulsión sexual. A las hembras les dio una capacidad de correr bípedamente, superior a la de otros primates, pero calculada para que sean alcanzadas enseguida por los machos de su especie. Dio sólo a los machos la capacidad de estrangular a las hembras con sus propias manos y en cambio debilitó la musculatura de los brazos y los dedos de las hembras, de forma que ni siquiera sean capaces de defenderse o de salvar a sus hijos. Además, las diseñó para que, en contraste con otras especies, fuese fácil violarlas y dejarlas embarazadas contra su voluntad. Añadió a todo esto una gran memoria emocional a largo plazo, que les impida olvidar estos horrores. Sumó a esto, embarazos de alta peligrosidad y partos dolorosos con altos índices de muerte maternal... El “diseño” será inteligente, pero si uno piensa que hubo un único agente que se encargó personalmente de organizar todos los detalles para que fueran posibles tales horrores, la idea supone un grado de crueldad y retorcimiento realmente sobrecogedor.

Este problema no se resuelve tampoco declarando a la selección natural responsable del cuerpo, y a Dios del alma, como han propuesto tantos teólogos. Porque Dios pudo haber hecho a los hombres como los bonobos o tantas otras especies en las que no se ha observado a un individuo matando a otro de la misma especie, o como los gorilas, que defienden a sus familias, pero no sus territorios. Sin embargo, los hizo como los chimpancés: agresivos, territoriales e incluso genocidas. Podría al menos haber hecho a los humanos no femicidas, como las hienas o los gorilas. Pero no, los hizo

como los lobos y los chimpancés: lobos para otros hombres y también para las mujeres. Y dado que pueden matar incluso a la madre de sus hijos, podría al menos haber hecho a las crías capaces de defenderse por sí mismas en poco tiempo, como tantas otras especies. Pero no, hizo las crías humanas enormemente prematuras, vulnerables y necesitadas, y a los adultos con tendencia al abandono y el engaño, en lugar de monógamos por naturaleza como los gibones, los tamarindos, los castores, los murciélagos y tantísimos pájaros. Realmente, si se tratase de algo deliberado, habría que concluir que el diseñador se ha ensañado con los humanos. Todo esto es además bastante difícil de reconciliar con la idea de que los hizo “a su imagen y semejanza”.

La otra opción es decir que en lugar de decidir deliberadamente cada rasgo concreto, Dios creó unas leyes de asombrosa simplicidad que hicieron surgir de la más rudimentaria forma de vida, toda la fascinante variedad y complejidad que aún hoy podemos apreciar. Esto sí podríamos pensar que es admirable. Y el propio Darwin concluyó *El Origen* con esta idea:

Así, la cosa más elevada que somos capaces de concebir, o sea la producción de los animales superiores, resulta directamente de la guerra de la naturaleza, del hambre y de la muerte. Hay grandeza en esta concepción de que la vida, con sus diferentes fuerzas, ha sido alentada por el Creador en un corto número de formas o en una sola, y que, mientras este planeta ha ido girando según la constante ley de la gravitación, se han desarrollado y se están desarrollando, a partir de un principio tan sencillo, infinidad de formas, las más bellas y portentosas.¹ (Darwin, 1859, última página)

Concebir y poner en acción de golpe todas las leyes de la naturaleza, desde las leyes de Newton y de Mendel, hasta las de Boyle y Mariotte, requiere una inteligencia supra-humana, de modo que la segunda opción es muy preferible a la opción creacionista, no sólo desde una perspectiva científica, sino también desde la perspectiva de aquellos a quienes preocupa que los ciudadanos modernos mantengan la fe.

La primera opción supone un cúmulo de problemas. Nos deja sin explicación para los órganos vestigiales, la correspondencia genética y morfológica entre especies emparentadas o la conducta reproductiva de las especies. Además, el diseño de las especies es admirable si se tiene en cuenta las restricciones que impone el pasado de una especie. Sin embargo, si pensamos que el diseño se ha hecho sin ningún tipo de restricciones, no siempre es fácil admirar al diseñador. Ejemplos de diseño torpe, como el de la mano del panda o del sexo fingido entre las lagartijas partenogénicas, que son

¹ Aquí Darwin usa el término “superior”, aunque en otro lugar había anotado que no debería usar este término, porque la evolución no tiene dirección (Bowler, 1995, p. 128; Carroll, 2010).

todas hembras, abundan en el reino animal, y desde luego, sobreabundan en el diseño de los humanos a quienes los teólogos califican de “hijos predilectos” del creador.

Los científicos que han analizado la forma en que el ojo humano va de espaldas a la luz suelen ponerlo como ejemplo de cableado chapuza. Pero hay muchas otras cosas que saltan a la vista, incluso a la vista con ojos mal diseñados. Por ejemplo, mientras que otras hembras corretean como si nada llevando numerosos hijos dentro y se levantan de un parto múltiple como de una siesta, los embarazos humanos son problemáticos y peligrosos y el parto es infernal. Las madres humanas son demasiado pequeñas para sus bebés. El bebé gorila, por ejemplo, pesa sólo dos kilos, su madre noventa o cien. Por ésta y otras razones, es importantísimo que los bebés humanos estén bien situados para salir y, sin embargo, con frecuencia no lo están. El camino de salida no es recto, sino que el bebé debe girar la cabeza dos veces, y tomar un ángulo recto. Su cordón es muy largo, se enreda y a veces lo estrangula, y en cuestión de segundos, por el cordón, el meconio, el oxígeno o cualquier otro factor, el bebé puede morir o sufrir minusvalías.

El embarazo dura más que en otros simios y para entonces el cerebro es demasiado grande al nacer, sobre todo pasando por una pelvis en extraño ángulo por no haber evolucionado inicialmente para la postura bípeda. Podemos pensar sobre el difícil parto humano y aprender sobre nuestros orígenes o podemos decir que este desfase fue en realidad calculado por Dios a sabiendas del inmenso dolor que causaría a millones de madres de niños muertos o con minusvalías originadas en el parto. Esto parece más bien lo peor que se le puede decir a una madre si se quiere que sienta amor y admiración por la deidad responsable de su desgracia. Lo mismo ocurre si insistimos en que tantas personas, sobre todo niños, se atragantan comiendo y mueren asfixiados, porque Dios quiso, sin ninguna necesidad, hacer coincidir parte del tubo respiratorio humano con el digestivo, del mismo modo que decidió que la orina y el semen saliesen por el mismo conducto, y que la próstata fuese proclive a la inflamación, dando lugar a una peligrosa tendencia al bloqueo de tan vital conducto.

Es posible que al hombre primitivo le impresionase más la idea de la creación directa, porque tenía menos información y no era consciente de todo lo que no encajaba con este supuesto. Probablemente no suponía tampoco que Dios fuese omnipotente, omnisciente y profesase a los humanos un amor infinito. La conjunción de los tres supuestos genera el llamado “problema del mal” del que se ocupa una amplia parte de la teología llamada “teodicea”.

La teodicea intenta reconciliar la existencia de Dios con la existencia del mal en el mundo. Esto puede hacerse admitiendo que Dios no tiene noticia de nuestro sufrimiento, que no puede hacer nada o que le es indiferente. Ante este trilema, la mayoría de los filósofos han preferido ceder en la cuestión de la omnipotencia, o la omnisciencia, antes de considerar la posibilidad de recortar la bondad o la compasión divina —que es lo que hicieron los hombres primitivos, con sus divinidades vengativas e impacientes. La mejor solución es entender el mal como efecto inevitable de algo bueno o como sacrificio necesario para algo bueno. Esta opción es teológicamente preferible porque no requiere negar directamente uno de los tres atributos divinos (omnisciencia, omnipotencia, y amor infinito). El problema es que es muy difícil encontrar explicaciones que no sean perogrulladas. Y esto es justamente lo que aporta Darwin: la posibilidad de una teodicea secular que explique racionalmente el mal en el mundo. Nos permite además explicar los más diversos males con una sola idea general: la evolución. Incluso los terremotos, que han sacudido la fe de tantos creyentes, tendrían su explicación en la geología de un planeta que aun está evolucionando. Evidentemente el evolucionismo no aporta una solución perfecta. Un dios realmente omnipotente podría prescindir de la evolución. No obstante, el darwinismo supone una mejora no sólo científica sino también teológica respecto al creacionismo, que no puede dar siquiera una explicación imperfecta a los numerosos defectos del mundo, aunque pueda afirmar dogmáticamente que todos son necesarios.

VII. Darwin y Marcelina

Así pues, los hallazgos de Darwin deberían considerarse una bendición, no sólo para la ciencia, sino también para la teología. Si bien todas las teorías científicas hacen que “la hipótesis divina” sea cada vez más superflua, no demuestran que sea falsa. Y la teoría de Darwin incluso puede hacer la hipótesis divina más atractiva, y hasta más coherente con la idea bíblica de que Dios no diseñó cada víscera y cada enfermedad, sino que creó todo más o menos de golpe y “después, descansó”. No es justo por ello culpar a Darwin si la gente pierde la fe. Si nos fiamos de las estadísticas, lo que quita la fe no es estudiar a Darwin, sino estudiar en general. En todos los países, el menor número de creyentes se registra entre los premios Nóbel, luego entre los científicos y los académicos, y es mayor entre los grupos de menor nivel educativo. Otros estudios afirman también que —con la notable excepción de Estados Unidos, que es un país muy rico con un 42% de

creacionistas (Pardo, 2009)—, hay más creyentes entre los pobres. Incluso hay estudios que vinculan la fe y el coeficiente intelectual (Atwood, 2008; Dawkins, 2008). No parece haber, en cambio, una correlación inversa muy llamativa entre religiosidad y darwinismo, pese a que es de esperar dada la correlación entre creer en el darwinismo y tener un alto nivel cultural. En España, el 45% de las personas creen en Dios y en Darwin (Tristán, 2009) mientras que en el Reino Unido, que es un país muy poco religioso, sólo un 25% cree que la evolución es un hecho y otro 25% que puede que lo sea (Butt, 2009). Además, la causalidad podría ser la inversa. Es decir, que sean los fundamentalistas religiosos los que alejan a la gente de Darwin, y no Darwin el que los aleje de la religión.

Y como rechazar a Darwin puede ser muy contraproducente para los fines de las iglesias, puede que desde ahora las cosas cambien, y las iglesias empiecen a defender el *Big Bang* y el Darwinismo como la mejor forma de interpretar ese momento creador, después del cual “Dios descansó.” Incluso puede que empiecen a perseguir a los creacionistas, que se están convirtiendo en un molesto incordio, insistiendo en que las creencias cristianas son incompatibles con la ciencia y repitiendo las declaraciones anti-darwinianas que la Iglesia Católica hizo en el pasado y ahora preferiría olvidar. En el congreso celebrado en el Vaticano con motivo del aniversario de Darwin, el Vaticano se presentó a la prensa como darwinista y afirmando que el diseño inteligente sólo se mencionaría muy marginalmente y como fenómeno *cultural* (BBC Mundo, 2009). El cambio es notable, si tenemos en cuenta que Juan Pablo II reconoció por primera vez que el darwinismo era “más que una hipótesis” en 1996 (Vidal, 2009; Juan Pablo II, 1997).

A veces, cambios en el contexto histórico producen cambios en el significado ideológico de los textos. Por ejemplo, el cuento favorito de Hillel Steiner, importante defensor del libertarismo, no era el de su amigo el antes mencionado G. A. Cohen, que defendió al marxismo en su juventud. El favorito de Steiner era *The Little Red Hen* (*La Gallina Marcelina*), que sus padres le compraron en una librería anarco-socialista. Este cuento se convirtió en sólo unas décadas en el libro más destacado de los catálogos thatcheristas, junto a las obras de Hayek y Friedman, sin que el texto sufriese ningún cambio. Por si algún lector desconoce el cuento, Marcelina es una gallina que encuentra unos granos de trigo y ofrece al perro y al cerdo la opción de ayudarlo a plantar, a segar, a moler y a hacer un pan, invitación que estos siempre rechazan. Ella responde “pues lo haré yo sola”. Cuando finalmente les invita a comérselo y ellos aceptan, ella repite: “pues lo haré yo sola”. El cambio radica en que el perro y el cerdo han pasado de simbo-

lizar a los parásitos capitalistas para representar a los desempleados y todos los que reciben ayudas sociales.

La idea de que el propietario es el propietario moral del producto, que en su momento defendió Marx, es hoy una idea asociada con la derecha más conservadora. Este no es tampoco el único aspecto del marxismo que hoy se asocia con la derecha. De hecho, los ecologistas de hoy, por ejemplo, ya han crecido viendo al marxismo teórico ortodoxo y al marxismo real como una posición desarrollista, globalizadora, pro-nuclear, semejante a la posición conservadora en cuanto a la autoridad, la jerarquía, la censura, la desobediencia civil o el medio ambiente y que insiste en que la cuestión es llevar el desarrollo capitalista a todos los rincones del planeta, y dominar la naturaleza, porque el desarrollo tecnológico y económico lo resuelve todo. Sus padres, en cambio, nunca hubiesen asociado al marxismo con la derecha. Y es que el cambio de contexto puede hacer que cambie de un extremo a otro el mensaje político de un texto, incluso cuando no se modifica ni una coma. Algo así ha ocurrido con el darwinismo, que se ha visto asociado con todo tipo de ideologías, no porque pertenezca a alguna de ellas, sino porque las preocupaciones sociales de un periodo histórico hacen que la gente lea mensajes distintos en un mismo texto. Y teniendo en cuenta el número de veces que el darwinismo ha sido asociado con la derecha o con la izquierda, no sería de extrañar que se diese un nuevo giro a la cuestión, y se le imputasen nuevas implicaciones ideológicas, con tan poco fundamento como hasta ahora, porque el darwinismo es una teoría científica y simplemente no tiene partido.

Bibliografía

- Arnham, L. (2005), *Darwinian Conservatism*, Exeter, Imprint Academic.
- Attwood, R. (2008), "High IQ Turns Academics into Atheists", THES, 12.6.2008, <http://www.timeshighereducation.co.uk/story.asp?storycode=402381>
- BBCMundo (2009), "Vaticano busca qué hacer con Darwin" 3.3.2009, http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/science/newsid_7921000/7921563.stm
- Blanchard, K. ed. (2009), *Darwinian Conservatism. A Disputed Question*, Exeter, Imprint Academic.
- Bowler, P. (1995), *Charles Darwin. El hombre y su influencia*, Madrid, Alianza.
- Butt, R. (2009), "Half of Britons do not Believe in Evolution, Survey Finds", *Guardian*, 1.2. 2009.

- Carroll, S. (2010), "Endless Forms" en Alex Rosenberg y Robert Arp, *Philosophy of Biology*, Oxford, Wiley-Blackwell.
- Casal, P. (2009), "Determinismo tecnoecológico" accesible en http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/D/determinismo_tecnoeco.htm
- Cavaliery, P. y Singer, P., eds. (1993), *The Great Ape Project*, New York, St Martin Press.
- Cohen, G.A. (1988), "Restricted and Inclusive Historical Materialism", en *History, Labour and Freedom*, Oxford, Clarendon Press.
- Cohen, P. (2007), "A Split Merges as Conservatives Discuss Darwin" *New York Times*, 5.5.2007, <http://www.uu.blymiller.com/shaag/conservative-darwin.pdf>
- Colp, R. (1982), "The Myth of the Darwin-Marx letter", *History of Political Economy* 14.
- Darwin, C. (2003), *El origen de las especies* (1859), Madrid, Alianza.
- Darwin, C. (1989), *El origen del hombre y la selección natural* (1871), Madrid, Edaf.
- Darwin, C. (2002), *Autobiography* (1887), London, Penguin.
- Dawkins R. (2008), "Atheists IQ", <http://www.youtube.com/watch?v=4EWyD34FxmI>
- Diamond, J. (1992), *El Tercer Chimpancé*, Madrid, Espasa Calpe.
- Diamond, J. (2005), *Collapse*, Nueva York, Viking Press.
- Diener, P., D. Nonini y E. E. Robkin (1978), "The Dialectics of the Sacred Cow: Ecological Adaptation Versus Political Appropriation in the Origins of India's Cattle Complex", *Dialectical Anthropology* 3.
- Feuer, L.R. (1976), "The 'Darwin-Marx Correspondence': A Correction and Revision", *Annals of Science* 33.
- Godelier, M. (1977), *Perspectives in Marxist Anthropology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hardesty, D. (1979), *Antropología ecológica*, Barcelona, Bellaterra.
- Holloway, C. (2008), *The Right Darwin*, Dallas, Spence Publishing Company.
- Joyce, R. (2000), *The Evolution of Morality*, Cambridge, MIT Press.
- Juan Pablo II (1997), "Message to the Pontifical Academy of Sciences", *The Quarterly Review of Biology* 72.4, pp. 381-383.
- McLellan, D. ed. (1977), *Karl Marx: Selected Writings*, Oxford, Oxford University Press, 1977.
- Moore, S. (1980), *Marx on the Choice between Socialism and Communism*, Cambridge Mass., Harvard University Press.
- Nove, A. (1987), *La economía del socialismo factible*, Madrid, Siglo XXI.

- Oakes, E.T. (2006), "Darwin's Graveyards" en *Christianity Today*, <http://www.christianitytoday.com/bc/2006/novdec/15.35.html>.
- Pardo, P. (2009), "La historia está en el génesis", *El mundo* 12.2.2009 <http://www.elmundo.es/especiales/2009/02/ciencia/darwin/seccion4/seccion43.html>
- Kropotkin, P. (1902), *Mutual Aid*, London, Hineman.
- Rappaport, R. (1987), *Cerdos para los antepasados*, Madrid, Siglo XXI.
- Richard Weickart (2004), *From Darwin to Hitler*, London, Palgrave McMillan.
- Singer, P. (2000), *Una Izquierda Darwiniana*, Barcelona, Crítica.
- Tafalla, M. (2007), "Darwin, Meville y el lugar del ser humano en la naturaleza" en Asunción Herrera (ed.) *De animales y hombres*, Oviedo, Biblioteca Nueva de la Universidad de Oviedo.
- Tennyson (1850), *In Memoriam (or The Way of the Soul)*.
- Tristán, R. (2009), "El 45% de los españoles cree en Dios y en Darwin", *El mundo*, 7.7.2009, <http://www.elmundo.es/elmundo/2009/07/06/ciencia/1246900820.html>
- Vayda, A. P. y McCay, B. (1975), "New Directions in Ecology and Ecological Anthropology", *Annual Review of Anthropology* 4.
- Vidal, J. M. (2009), "Un ateo blasfemo", *El mundo* 12.02.2009 <http://www.elmundo.es/especiales/2009/02/ciencia/darwin/seccion4/seccion44.html>
- West, J. (2006), *Darwin's Conservatives: The Misguided Quest*, Seattle, Discovery Institute.
- Wrangham, R., W. C. McGrew, F. B. M. de Waal y P. G. Heltne (1996), *Chimpanzee Cultures*, Cambridge, Harvard University Press.